

Juan Ignacio Urtecho

DOCTOR DEL PUEBLO

ORLANDO CUADRA DOWNING

La historia de la vida del Doctor Juan Ignacio Urtecho es, sin duda alguna, la historia de un personaje inolvidable.

Le recuerdo cuando yo, de niño, jugaba en el atrio de la Iglesia de la Merced, en Granada, junto con sus nietos, —algunos primos hermanos míos—, mientras "Papa Doctor", como le llamaban ellos, y yo también, sentado en un sillón junto al de "Mimi", su buena esposa, recibían la visita de sus hijas y sus yernos, en la casa solariega de la Calle Real, cuyas paredes orientales dan al atrio de la famosa Iglesia.

Su blanca y abundosa barba, sus profundos ojos verdes, daban a su rostro una impresionante belleza bíblica que irradiaba bondad, y una como aureola de santidad rodeaba su hermosa cabeza.

Y aquella casa que los días domingos y festivos se llenaba de gritos infantiles y de juegos, era, en los días de la semana, el asilo de los pobres y enfermos. Porque el Doctor Urtecho era el médico del pueblo. A él acudían con sus quejas, con sus males, con sus hambres y miserias, todos los desheredados de la suerte. Y allí encontraban el consuelo de sus penas, el alivio de sus dolencias, y además, el dinero para sus ingentes necesidades, y aun la comida para sus estómagos vacíos.

El Doctor Juan Ignacio Urtecho fue hijo de don Andrés Urtecho y Antonina Cabistán. Por motivos familiares fue criado por su tío el Presbítero Juan Bautista Cabistán, quien le enseñó las primeras letras y rudimentos de Latín y Griego, conocimientos que después amplió con el Maestro Romero.

Muy pronto el joven Juan Ignacio sintió el acicate de la aventura y huyendo de la tutela estricta de su tío y de su maestro, se embarcó un día en uno de los vapores que surcaban el Lago y bajaban por el Río San Juan, en busca de la puerta abierta a todos los caminos del Atlántico que era por aquellos tiempos el puerto de San Juan del Norte. Allí, su proficiencia en el trabajo le facilitó los medios de subsistencia y ahorro.

Mas no se contentó Juan Ignacio con ser un eficiente empleado de casas comerciales, él aspiraba a ser alguien y a hacer algo y así fue cómo decidió marcharse a los Estados Unidos.

En Filadelfia se dedica al estudio de la Medicina, en cuya profesión y ejercicio aplica toda su inteligencia y co-razón. Por su distinción en los estudios se le concede una beca que le permite continuarlos sin cuidados financieros. Cursa los estudios que en esos años eran los reglamentarios y practica sus conocimientos en los Hospitales de la ciudad. Después de pasar el tiempo requerido por las leyes de inmigración hace su solicitud para optar la ciudadanía norteamericana —ciudadanía romana entonces: "Romanum quirite sum"— y poco tiempo después obtiene su título de Doctor en Medicina.

Viaja por todos los Estados Unidos. Es un rápido tránsito el suyo que habrá de repetir años más tarde uno



Dr. Juan Ignacio Urtecho y Sra.

de sus más ilustres nietos, el más literato de todos: José Coronel Urtecho. El avatar del abuelo hace que el nieto describa en páginas inmortales las impresiones que aquél recibiera del monstruo de Gotham entonces en ciernes.

Su anhelo de saber y conocer lo lleva a Europa. Visita Londres; llega a París y allí se encuentra con las hijas del General Fruto Chamorro y doña Mercedes Avilés, las señoritas Adela, Chepita y Carlota. Entabla buena amistad con ellas y, —"¡qué buen caballero era!"— les hace con su compañía y atenciones mucho más agradable la visita a la Ciudad Luz. El continúa su gira por España cuando ellas regresan a Nicaragua. Visita el país ancestral de los Urtecho: el país vasco. Visita también, bajando a Cataluña, en Barcelona, la tierra solariega de los Cabistán. Y luego se dirige a Italia. Visita Nápoles, Florencia, Roma. Adquiere el gusto refinado de los buenos modales y la buena mesa. Observa y absorbe la cultura de Europa, y sabiéndola buena, es la que después se empeñará en que adquieran sus hijas que habrían de ser de- chados de distinción, talento y gracia.

Después de su "grand tour" europea, vuelve a los Estados Unidos y de allí se prepara para regresar a Nicaragua. Ha visto el mundo y se ha dado cuenta de los progresos de la industria y de la ciencia. Alista un espléndido instrumental médico, una amplia lista de medicamentos y, además, —era también un hombre de empresa y había tenido su entrenamiento comercial— hace arreglos para la introducción en Nicaragua del cemento Portland, el establecimiento de una fábrica de ladrillos de cemento —él dio ese primer paso en el progreso de la arquitectura— y, con un simbolismo encantador, trae consigo las primeras máquinas de coser marca "New Home". ¿Es que venía acaso con intenciones de establecer —¡ya era tiempo!— su "new home", su nuevo hogar?

No se sabe a punto fijo. Lo cierto es que el joven médico-empresario industrial a su llegada a Granada visita a sus simpáticas amigas Chamorro y allí es presentado a la prima de éstas la bella señorita Magdalena Avilés, hija de don Agustín Avilés, cuñado del General Fruto Chamorro, cuya esposa, doña Mercedes Avilés, tiene especial afecto por su sobrina Magdalena.

Fue aquel un caso de amor a primera vista. No mucho tiempo después el Doctor Urtecho contrajo matrimonio con la señorita Magdalena Avilés.

En la casa de la Calle Real, contigua a la Iglesia de la Merced, y que entonces era propiedad de don Teodoro Téfel, estableció el Doctor Urtecho su nuevo hogar. Allí estableció su botica que tanta fama habría de tener. Como el dueño de la casa resolviese radicarse en Managua, y el éxito de sus empresas industriales le dieron el suficiente capital, el Doctor Urtecho le propuso comprar la propiedad, a lo que el señor Téfel accedió, incluyendo la compra no sólo el inmueble mismo sino todos los muebles y aun la vajilla que eran propiedad del señor Téfel.

Una vez que el Doctor Urtecho cimentó su situación financiera sobre bases sólidas adquiridas por su dedicación al trabajo de sus empresas industriales y comerciales, se dedicó de lleno al ejercicio humanitario de su profesión de médico.

Todos los sábados tenía la costumbre de ir a "dar consulta" a Masaya. En la Estación del Ferrocarril, en un rincón de la Bodega, tras un biombo de madera forrado con papel de periódicos, examinaba a los pacientes que requerían reserva. Les recetaba lo adecuado y si no tenían con qué comprar la medicina les daba el dinero necesario.

En su Consultorio de Granada, hacía lo mismo. A todo pobre que llegaba a su puerta y le pedía alivio para sus enfermedades, le daba la medicina y dinero para que fuera a comer. En la gran mayoría de los casos que se le presentaban su diagnóstico era: hambre. Su sistema curativo consistía en reanimar la naturaleza decaída por medios naturales, como la alimentación.

Una vez fue llamado por la madre de un niño a quien un eminente doctor había mantenido a dieta por ciertos desórdenes digestivos. El niño se enflaquecía y perdía fuerzas de una manera alarmante y su madre llamó al Doctor Urtecho. Este llegó, vio al niño, lo examinó al facto en el estómago y volviéndose a la madre que esperaba ansiosa, le dijo: "Señora, este niño está "transido", déle de comer y pronto estará bien!" Así se hizo. Y aquel niño vive todavía. Yo le conozco. Es mi hermano César.

De casos como ese se cuentan por millares, como eran por millares los pacientes que de todas partes del

país aflúan a su Consultorio. A todos recibía, examinaba y recetaba. Bastaba ver al enfermo para que el Doctor Urtecho reconociera por síntomas externos el mal que le aquejaba. Y acertaba siempre.

Llegó a tener fama de taumaturgo. Es que su apostólico humanismo y su enorme experiencia unidos a su natural inteligencia le daban los conocimientos necesarios para ejercer la Medicina, no como profesión de lucro —éste le llegaba a fuerza de agradecimiento de sus pacientes— sino como consuelo del que sufre.

Como el paludismo era, y aun es, una de las plagas que azotan al pueblo nicaragüense, el Doctor Urtecho preparó una medicina eficaz a base de quinina que llamó "La Tigra". Sus efectos curativos eran asombrosos y la fama del medicamento llegó a todos los confines del país. Como era amarga al paladar, los muchachos rehuían el tomarla, pero como había probado su eficacia en contra de las fiebres palúdicas, las madres usaban de todos los medios persuasivos a su alcance, para que aquellos la tomaran, pues aquella medicina era "la tigre" de las fiebres. Y muchas son las generaciones de granadinos en particular y nicaragüenses en general, que han sido curados del paludismo con aquella medicina amarga pero excelente.

Fueron innumerables los casos en que el Doctor Urtecho salvó a pacientes de temerarias intervenciones quirúrgicas indicadas por sus colegas con simples medicamentos que él mismo preparaba y que realizaban lo que las gentes dieron por calificar como "milagrosas curaciones".

No fue ajeno el Doctor Urtecho a los ajetreos de la política. Perteneció al Partido Iglesias, —una rama disidente del viejo Partido Conservador—, durante la Presidencia del doctor Roberto Sacasa. Fue electo, como candidato de aquel Partido, para ejercer la Prefectura del Departamento de Granada y en ese cargo supo ser justo y respetuoso de los derechos ciudadanos, mereciendo la buena voluntad de todos.

Su abnegación, sin embargo, no tenía límites cuando se trataba de aliviar las penas de la humanidad doliente. Fue el brazo derecho de doña Elena Arellano durante la crisis de la epidemia del cólera, siendo entonces el único médico que se consagró de lleno a combatir, al lado de aquella santa mujer, el terrible flagelo.

El Doctor Urtecho fue quien cedió su casa de habitación de la Otra Banda para que se convirtiera en el Colegio Francés de Nuestra Señora de Guadalupe, cuando doña Elena no encontraba lugar donde alojar a las Señoritas Francesas que venían a regentar el Colegio, que todavía existe en la casa y terrenos que pertenecieron al Doctor Urtecho.

Como propietario de esos extensos terrenos que en la parte occidental de Granada llevan su nombre, hizo donación a la Municipalidad de la amplia calle que de la actual carretera pasa por el Colegio de María Auxiliadora, por el Colegio Francés y el Hospital San Juan de Dios. Hizo donación también de las calles en una lotificación de esos mismos terrenos que él mismo hiciera y en la que donaba a la ciudad amplios lotes para un parque y una Iglesia. Granada le debe un monumento.

Bien puede el Doctor Juan Ignacio Urtecho descansar tranquilo en el seno de la eternidad. La armonía espiritual de su mundo interior hizo contrapeso al infortunado mundo exterior que le rodeara y que él quiso aliviar con la ternura de su corazón.